

Antropología de la adolescencia

Octavi Fullat Genís

Catedrático de Filosofía de la Educación
de la Universitat Autònoma de Barcelona

1- Introducción

El vocablo *antropología* proviene de la palabra griega *ánthropos*, la cual apuntaba al ser humano, y de la dicción *logos* que puede traducirse como aquello que hace que en un discurso haya continuidad en vez de simple contigüidad fáctica entre las diferentes partes que componen una actividad mental. En consecuencia la antropología designa un pensamiento ordenado, sistemático, en torno al fenómeno humano.

Ahora bien; en la historia del pensamiento occidental la antropología se ha modulado en tres corrientes de formato epistemológico distinto: como ciencia natural, *Antropología física*, como ciencia social, *Antropología cultural* o *Etnología* y como un saber acerca del sentido de lo humano, *Antropología filosófica*. A las dos primeras las califico de ciencias porque cumplen con la definición galileana de la misma. Contamos únicamente con discurso científico de los fenómenos —aquello que aparece a la sensibilidad—, jamás de posibles realidades metaempíricas. A la *Antropología filosófica*, por consiguiente, no le cuadra el significante-significado *ciencia* puesto que aborda el sentido del hombre, el cual sentido o significado no es nunca dato alguno, no es un *factum* mundano. En todo caso será decisión de alguien a partir del acto de conciencia de la personal vida biográfica.

En el presente apunte me intereso solamente por la *Antropología filosófica* apasionándome, consecuentemente, por lo que el ser humano no es todavía. Me importa el hombre en cuanto *falta de* y en modo alguno a modo de sazón, de dato biológico y de dato psicosociológico. El *ánthropos* me estimula en cuanto que es búsqueda y no encuentro u objeto o pedazo de universo.

Divido la presente reflexión en dos partes: el ser humano es de suyo una realidad inestable y frágil tanto en su aspecto estructural como en el dinámico. Este respecto configura la primera parte sirviéndome a su vez de ella para tratar la segunda:

la adolescencia se vertebra en torno a la inestabilidad, situación que es preciso superar transitando a la etapa siguiente, la adultez.

2- Inestabilidad humana radical

Ando convencido de que el significado de las palabras, no así su significante, camina atado a la experiencia colectiva de los pueblos. Utilizo *palabra* como elemento de una *langue* y no de la *parole*; es decir, subrayo el hecho de pertenecer a un código y no a su uso lingüístico. *Cours de linguistique générale* de Saussure.

El habla encierra significados principalmente porque objetiva angustias, cavilaciones e inquietudes de quienes se comunican a lo largo del proceso histórico. Nuestra historia de Occidente tiene su hontanar en el triángulo “Jerusalén-Atenas-Roma”; estos dos últimos ángulos —*gonos* en griego es “ángulo”; trigonometría—, estos dos últimos ángulos, escribía, poseen *Weltanschauungen* emparentadas: mundo grecorromano. Jerusalén representa una cosmovisión aparte, distinta *a radice*. Basta con leer en hebreo las primeras líneas del *Bereshit* para caer en la cuenta de ello.

Esta meditación a pesar de lo que acabo de decir se limita a la manera de ver al mundo propia de los griegos prescindiendo de los otros dos orígenes.

Los vocablos configuran los cauces por donde discurren las almas de los humanos. Motivado por esto Heidegger invita a convertirnos en *philólogoi*, en enamorados de las palabras. Así por ejemplo lo practica en su estudio sobre el *ser* que se puede leer en el capítulo II de *Einführung in die Metaphysik*.

La bestia humana no es ni natural del todo ni tampoco exclusivamente cultural; tiene un pie en la *physis* —naturaleza— y el otro en la *paideia* —cultura—. Los alemanes dirían que se encuentra entre la *Natur* o *Aufgang* y la *Bildung*. La reflexión occidental sobre la imagen —*éidolon* en griego, *selem* en hebreo, *imago* en latín, *Bild* en alemán— y el modelo, del cual es precisamente imagen o representación, arranca de los versículos 26 y 27 del primer capítulo del libro bíblico *Bereshit* —en hebreo y *Génesis* en castellano—. Dice el versículo 26:

“Dios habló:

—Hagamos el ser humano a imagen nuestra —*be-salmenu*—,

parecido a nosotros —*ki-demutenu*—.”

A caballo de los siglos XIII y XIV el Maestro Eckhart comenta este texto relacionando imagen —*Abbild*— y modelo —*Urbild*— a base de establecer entre ambos una relación viva, vivida, apartándose del lazo mecánico y meramente formal. A pesar, sin embargo, de la casi identificación que Eckhart sostiene hay que confesar que entre imagen y modelo, del cual es imagen, se presenta una fisura insoslayable. Al ser humano se debe el que haya tal hendidura. Entre el páncreas y la palabra *páncreas* no se da continuidad. Los lenguajes —astronómico, físico, sociológico, filosófico... — no son otra cosa que imágenes, o símbolos, de unos modelos, o referentes lingüísticos, acerca de los cuales se pretende hablar. Las palabras son imágenes simbólicas del mundo.

La naturaleza despojada de nuestra intervención simbólica, siendo los lenguajes nuestros símbolos primordiales, es, toda ella, compacta, de una sola pieza; es decir, se limita a ser aquello que es y nada más. En cambio, desde el momento en que el ser humano introduce la cultura, o hermenéutica, no se hace otra cosa que colocar inestabilidad y desequilibrio que pasan a ser esenciales y en modo alguno accidentales. La noción alemana de *Bildung* no sólo indica que se ha logrado una perfección humana merced al habla, sino que dice más aún: se señala la necesidad de actualizar constantemente la perfectabilidad del hombre. El ser humano es tal no porque disponga de unos 10.000 millones de neuronas, sino por el hecho de tener que producir sin desmayo cultura con la necesidad de asimilarla.

Antes de plantearnos cuáles sean las causas de un hecho resulta indispensable entenderlo. Sólo después puede abordarse la causalidad del mismo. Por otra parte, la faena de entender qué sea algo acaba siendo proceso y no resultado. Por tal motivo nos pasamos la existencia entera desgarrados, como divididos en dos partes persiguiendo, esto sí, la unidad. ¿Inútilmente?

La lengua griega dejó ya al descubierto dicha dicotomía de lo humano. El niño engendrado por una madre era *tehton* y asimismo era el resultado de *trefo*, de nutrición y de maduración como no importa que otra bestia natural. En cambio, el término *pais*, *paidós*, incluye ya el significado de tener que educarse culturalmente. Debido a eso Platón en el *Pháidon* —107 d— habla de *paideia kai trophé*, de formación moral y de régimen de vida, de cultura y de naturaleza. La función de la *paideia* no es otra, según

Aristóteles en *Politiká* —VII, 13, 1334, b—, que conducir hacia el *logos* valiéndose precisamente del propio *logos*.

En la esfera de la moral los griegos subrayaron el lenguaje ético a base de separar lo natural y lo cultural. El ser humano es ambas realidades: *pathós* y *ethos*, naturalidad y civilización, temperamento y carácter. El *pathós* escapa a nuestro control; en cambio, el *êthos*, una modalidad de *ethos*, pasa a ser resultado de razón y de voluntad. La naturalidad del *pathós*, pasión, anda atada al *thymos*, ánimo, *páthena*, sufrimiento, *órexis*, deseo, *epithymía*, arrebato. Las palabras latinas *emotio*, *perturbatio*, *affectus*... tradujeron *pathós*. Tanto el *feeling* inglés como el *Trieb* alemán se sitúan en la misma línea semántica.

Frente al natural *pathós* se planta el culto *ethos*. La lengua griega distinguió entre *ethos* y *êthos*; el segundo, utilizado en singular, señaló el carácter adquirido con arrojo y esfuerzo. Por tal motivo en *Ethiká Nikomákheia* —II, 1, 1103 a— Aristóteles escribió:

“La virtud —*areté*— ética —*he ethiké*—... no llega —*egginetai*— jamás en nuestras biografías de forma natural”.

El *ánthropos* tira adelante con un pie en la naturaleza —*physis*— y el otro en la civilización —*paideia*—. No consiste, pues, en existencia compacta, segura y asentada, sino en realidad resquebrajada, insegura e inestable. La cultura nos fabrica desgraciadamente grandiosos. Inesquivable. ¿Quiénes son los más dichosos? ni más ni menos que los necios y los simplones, los gahnápiros; es decir, aquellos que ignoran lenguas y lenguajes o casi.

Además el dolor del hombre tiene en la civilización occidental otra causa de rotura fundamental. En el siglo XVII francés los escritos de René Descartes dejan en sus puras carnes una escisión más profunda y primordial. Este pensador plantea el tema en *Discours de la méthode* —parte cuarta—, en *Meditationes de prima philosophia* —segunda meditación— y en *Principia philosophiae* —parte primera—.

Je pense, donc je suis.

Cógito, ergo sum.

S'il me trompe, je suis, j'existe.

Si je doute, je pense, donc je suis.

Los animales, cachos o pedazos de la naturaleza, saben cosas; algunos muchas, muchísimas. Ahora bien; no saben que saben. El acto de conciencia del ser humano — *ego cógito*— fuerza a que el hombre se aperciba de su saber. Lo conciencia nos arroja hacia el mundo pero al propio tiempo nos separa de él. Una cosa es *me gusta este melocotón* y otra harto distinta *me doy cuenta de que me gusta este melocotón*. En el acto merced al cual me apercibo, no hay gusto alguno de melocotón. El gusto de melocotón es aquello hacia lo cual tiende, sin abrazarlo nunca, el acto de conciencia que tengo de mi gusto. ¿Usted se atreve y me asegura que los chimpancés realizan también actos de conciencia? me lo creeré el día que uno de ellos venga de la selva y me lo explique; él, no usted. Y de la selva; no de un laboratorio de hombres de ciencia.

La cultura, *paideia* o *Bildung*, nos raja partiéndonos en dos y abandonándonos inseguros porque nos aparta de la solidez de las cosas naturales. La apercepción o acto de conciencia, por si fuera poco lo anterior, remacha y redobla este tormento que es resultado de escisión, de desequilibrio y de inseguridad. Francamente, el ser humano es inexorablemente animal trágico.

3- La adolescencia es inestabilidad e inseguridad

Hemos considerado que aquello que distingue a la bestia humana del resto de animales es ni más ni menos que el hecho de existir de manera inestable, desprotegida, insegura. A continuación hago ver de qué manera este desequilibrio antropológico básico se deja notar en un desarrollo biográfico concreto.

En el seno de la civilización occidental se han hecho presentes dos modelos de despliegue humano individual. La *Tekhné rhetoriké* de Aristóteles —siglo IV a.C.— en su libro II —12-14— establece un paradigma de evolución biográfica centrado en el punto máximo que queda calificado de madurez, de edad adulta, de cada quien. Este filósofo griego considera que el estado adulto constituye la cima y culminación del grupo humano. Dejó escrito:

“Las edades humanas son: juventud, madurez y vejez (...). Los jóvenes son propensos a las pasiones y a llevar a cabo lo que desean (...). Son volubles y fácilmente

se hartan de sus propios deseos (...). Sus afanes son lacerantes, pero no grandes como acontece igualmente con la sed y el hambre de los enfermos (...). El joven apetece pasar por alguien superior (...). Los jóvenes disponen de mucho futuro y de poco pretérito (...). Prefieren lo hermoso antes que lo conveniente (...). Viven más según el temperamento que conforme al cálculo racional (...). Siempre pecan por exceso y por vehemencia (...). Imaginan saberlo todo”.

Aristóteles presenta a esta edad como frágil e insegura. En el otro extremo se coloca la vejez, la cual describe igualmente como etapa deficiente. Refiriéndose a los ancianos se expresa así:

“Por el hecho de haber vivido ya muchos años (...) no están seguros de nada (...). Son desconfiados a causa de su propia experiencia (...). Son mezquinos y avaros porque saben que la riqueza es cosa difícil de adquirir y fácil de perder. Son cobardes y tienen miedo de todo (...). Viven más de recuerdos que de esperanzas (...). Al fin y al cabo la esperanza reside en el futuro mientras que el recuerdo se instala en el pretérito”.

Entre este par de extremos Aristóteles coloca a la *akmé* o plenitud humana a la cual denomina madurez. Se trata de la etapa adulta. Su característica significativa reside en el *mésón*, moderación o comedimiento. Escribe:

“La edad madura suma cuanto de bueno tienen jóvenes y ancianos. De todo aquello que las otras dos edades poseen en exceso o bien en defecto, los adultos lo tienen en su punto justo”.

La madurez constituye según Aristóteles un valor ya que se trata de un *optimum* descalificando de tal guisa tanto a la juventud como a la vejez. El adulto ha logrado ya el equilibrio; se trata de alguien situado en la parte superior de la curva formada por el crecimiento y la decadencia.

Paralelamente a este modelo de la Grecia clásica, basado en la biología y en la psicología, el siglo XVIII europeo fabricó un segundo paradigma inspirado en el derecho y en su concepto de mayoría de edad. Los alemanes Lessing y Kant proponen la madurez como ideal a seguir, más allá de la edad psicobiológica. Ser adulto en este segundo modelo no es dato natural alguno, sino únicamente un ideal, que implica

independencia afectiva e intelectual, ideal por cierto que tiene que conquistarse. La autonomía no llega con los años; es preciso ganarla. La madurez pasa a ser un valor, un ideal, y en manera alguna un hecho natural.

Estimo interesantes ambos paradigmas hasta tal punto que concibo la adolescencia a la vez como dato psicobiológico y como aquella situación que es necesario superar en función del ideal de madurez que se acepte.

Tanto la etimología de la palabra *adulto* como la del vocablo *adolescencia* abre a reflexiones significativas. El verbo latino *adolescere* significó: crecer, desarrollarse, aumentar, hacerse más grande. Así el historiador romano Tácito escribió: *Ver adolescit*, la primavera crece o progresa. El participio activo del verbo *adolescere* fue *adolescens* —genitivo: *adolescentis*—, lo adolescente, aquello que comporta participar activamente del hecho de crecer. Uno se halla en camino, está en proceso; no se ha abrazado aún la meta. Plauto, un autor romano de comedias del período republicano, escribe refiriéndose a un joven: “*adolescens moribus*”, de costumbres inmaduras, poco desarrolladas todavía.

El participio pasado del verbo *adolescere* era *adultus*, el adulto, el crecido, el maduro, el desarrollado, el mayor. Se participa ya del proceso de desarrollarse de manera pasiva, como lo ya obtenido, como lo finalmente poseído. En este significado debe entenderse al escritor latino Cicerón cuando refiriéndose a una ciudad la califica de *Urbs adulta*, de ciudad crecida, floreciente, próspera.

La psicología y la psiquiatría del siglo XX han propuesto criterios de madurez que en la mayoría de casos son normas y en modo alguno hechos observables. En esta dirección débese entender la expresión *Juan tiene ya cuarenta años, pero no es todavía adulto*. Se supone que el adulto tiene que ser autónomo y responsable. Maurice Debesse en el libro *L'Adolescence* replanteó completamente el tema llevándolo a cabo desde una perspectiva exclusivamente empírica.

Ofrezco mi visión que es el resultado de la formación humanística recibida, la cual condiciona y hace posible mi discurso, sin desatender, no obstante, las informaciones proporcionadas por las ciencias positivas.

El ser humano no es dato alguno yerto, sino proceso biográfico, el cual si no se interrumpe brutalmente se despliega en cinco secuencias: infancia, adolescencia, madurez, climaterio y vejez. Estas etapas se inician con el nacimiento clausurándose con la muerte. Infancia, madurez y ancianidad configuran momentos en los que la inestabilidad antropológica categorial se manifiesta menos, inclusive da la impresión

que se trata de momentos seguros. En cambio, adolescencia y climaterio acusan con fuerza la estructura radical del *ánthropos* dejando al desnudo tanto a la inseguridad como a la inestabilidad.

A los pequeños, a los infantes —más o menos hasta los 11 años—, la confianza y la tranquilidad les vienen del exterior, de la familia, de la madre y del padre. Se palpan seguros por providencia pero no por sí mismos. En cambio, entre los 11 años y los 25 los trastornos se convierten en serios y permanentes. Si denominamos *pubertad* al período comprendido entre los 12 y 16 años se descubre en esta secuencia que la inestabilidad y desconcierto poseen base hormonal, particularmente de hormonas sexuales. Nada es como antes. Tanto ellas como ellos se transforman en una realidad nueva y tan diferentes se autoperciben que no logran reconocerse. Superados los 16 años y hasta casi los 25 la desazón y el desconcierto se desplazan desde el ámbito psicobiológico hasta el social; se trata de la época denominada juventud. Los jóvenes procuran situarse convenientemente en el seno de la sociedad. Pubertad y juventud ofrecen dos caras sucesivas de la adolescencia.

El hecho de ingresar en la juventud implica además poder aperebirse por primera vez de la propia vida, tanto de la biológica como de la biográfica. En este preciso punto se presenta una nueva causa de desequilibrio y de inseguridad: la toma de conciencia de la personal existencia. El aumento del léxico, del dominio lingüístico, facilita dicha apercepción lo cual, por cierto, trae desolación. La dicha es cosa de tontos, de cerdos dijo Bertrand Russell.

En el momento histórico actual de Occidente la adolescencia, que consiste en inseguridad, se prolonga más allá de los 25 años. Con frecuencia este hecho obliga a retroceder psicológicamente hacia la infancia a fin de disfrutar de nuevo de la protección familiar en vez de tener la valentía de existir desde la autonomía y de la madurez. No faltan algunos que caen en la irresponsabilidad infantil. Se abandonan la lucha y el esfuerzo buscando cobijo en la familia como cuando eran menores de edad. Se trata de una situación trágico-cómica.

¿Qué caminos hasta hace poco conducían a la edad adulta, a la emancipación y a la responsabilidad? Estimo que eran dos: crear una nueva familia y trabajar económica y socialmente a fin de no ser, uno, estructuralmente dependiente como lo son el niño y el subnormal. Antes se alcanzaba madurez afectiva y madurez sociolaboral. Actualmente, en cambio, han vuelto a ganar la perplejidad, la incertidumbre y la irresolución. Los progenitores vuelven a desempeñar el papel de papás, pero ahora lo

son de hijos que se presentan a la vez mayores e infantiles. Triste y a la vez grotesco. ¿La culpa de este desorden? los padres.

4- Conclusión

Terminando ya este bosquejo advierto, en mí, cierto malestar a causa de ver como la estructura y la dinámica fundamentales del ser humano, es decir su inestabilidad y su inseguridad evolutivas, ganan cada día más terreno invadiendo inclusive el espacio reservado antes a la edad adulta. Resulta ridículo que la juventud tenga que cubrirse con la piel del chiquillo porque tiene miedo de ser adulto, de ser cabal y maduro. Debajo de las faldas de mamá y cobijado por los dineros de papá. Deplorable, lastimoso. Pero, de hecho, este cáncer social invade cada día más territorio. Y tengamos presente que las causas socioeconómicas no explican totalmente este fenómeno psíquico y social. ¿Qué nos depara el futuro?